

ÉRIC VUILLARD  
UNA SALIDA HONROSA

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS  
EDITORES

## Anexo muy confidencial a un informe de la Inspección de Trabajo

«Hay que viajar», decía Montaigne. «Viajar nos vuelve modestos», añadía Flaubert. «Viajamos para cambiar no de lugar, sino de ideas», insistía Taine. ¿Y si fuera todo lo contrario? En una guía de viaje sobre Indochina de 1923, después de una página de anuncios de la casa Ridet & Cie, armería del centro de Hanói que vendía «armas y municiones de caza y de guerra y toda clase de accesorios para cazadores y turistas, pistolas automáticas y carabinas», antes incluso de que hablen de «la parte más pintoresca del Alto Tonkín, donde hay numerosas atracciones naturales», encontramos un breve léxico, manual de conversación para turistas, cuyos primeros rudimentos son: «ve a buscar un carro, ve rápido, ve despacio, gira a la derecha, gira a la izquierda, da la vuelta, levanta el capote, baja el capote, espérame aquí un momento, llévame al banco, al joyero, al café, a la comisaría, a la concesión». Era el vocabu-

lario básico del francés que iba de vacaciones a Indochina.

El 25 de junio de 1928, al alba, tres figuras austeras salían de Saigón para hacer un pequeño viaje. Un manto de niebla flotaba sobre los edificios. El coche circulaba a gran velocidad. La capota iba echada, hacía frío, y el viajero de delante se envolvió rápidamente en una manta de viaje. En realidad, Tholance, Delamarre y el secretario de ambos no eran unos viajeros normales y corrientes: formaban el embrión de una nueva administración colonial, eran los primeros inspectores de trabajo que se nombraban en la Indochina francesa. La sospecha de que había habido malos tratos en una plantación Michelin después de un motín de trabajadores había causado un gran revuelo y les habían encomendado la tarea de comprobar que se respetara el exiguo reglamento que hacía las veces de código laboral y protegía al culi vietnamita. El coche pronto dejó atrás los suburbios de la ciudad y continuó por entre filas de chozas. El paisaje era muy bello, de un color verde casi agresivo, el río se había desbordado y, tras una delgada franja de tierra, se adivinaban multitud de pequeñas parcelas cubiertas de un agua resplandeciente.

Después el camino se adentró en el bosque y los viajeros sintieron, a la vez que una especie de encan-

tamiento, una indecible angustia. A ambos lados de la carretera, el bosque desfilaba inmóvil e implacablemente repetido. Se adentraban en un bosque inmenso. Pero no era como los demás bosques: no era ni un bosque tropical, lleno de maleza y salvaje, ni el espeso bosque de los sueños, el bosque oscuro en el que los niños se pierden; era un bosque aún más extraño, más salvaje si cabe, más oscuro. Cuando entra en él, el viajero se estremece. Parece que, en ese bosque, por un curioso sortilegio, todos los árboles crezcan exactamente a la misma distancia unos de otros. Hay un árbol y luego otro y otro y otro, siempre el mismo, como si el bosque estuviera compuesto de un solo y único espécimen que se multiplicara hasta el infinito.

Por la noche, en las horas frías, unos hombres caminan regularmente de árbol en árbol. Llevan un pequeño cuchillo. En cinco segundos dan unos pasos, se agachan, se incorporan y dejan hecho un corte en la corteza del árbol. Esto les lleva como máximo quince segundos y, así, cada veinte segundos más o menos, un hombre llega al árbol siguiente, mientras, en la fila de al lado, otro hombre hace lo mismo, y en cientos y cientos de metros, cientos de hombres, descalzos, vestidos de tela, avanzan, con una linterna en una mano y el cuchillo en la otra, haciendo cortes en las cortezas. Empieza entonces un lento goteo. Parece leche. Pero no es leche, es látex. Cada noche, cada hombre sangra unos mil ochocientos árboles, mil ocho-

cientas veces apoya el cuchillo en la corteza, mil ochocientas veces hace una muesca, corta una fina lámina de unos dos milímetros de grosor, mil ochocientas veces lo hace con cuidado de no tocar el corazón de la madera. Y mientras nuestros inspectores de trabajo recorren en coche la interminable plantación, mientras admiran la racionalidad en acción, cómo Taylor y Michelin han logrado vencer «la pereza natural» del obrero anamita gracias a una organización racional del trabajo, mientras admiran hasta qué punto ese bosque, la organización implacable de ese bosque, representa una lucha inaudita contra la pérdida de tiempo, su mirada atraída por la inmensidad helada del trabajo, sienten una especie de horror.

Incluso el sistema mejor ordenado tiene fallos. A las nueve de la mañana, cuando les faltaban unos veinte kilómetros para llegar a las oficinas de la plantación, Émile Delamarre, inspector de trabajo, vio a tres jóvenes tonkineses al borde de la carretera. Tuvo la mala idea de asomarse y observó que iban atados unos a otros con un alambre. Aquello —tres hombres descalzos y atados juntos— debió de parecerle extraño, absurdo, y ordenó al conductor que parara.

Los tres hombres iban sucios, vestidos con harapos, y los escoltaba un capataz. Delamarre se apeó del coche algo aturdido por el viaje, se tambaleó en el barro

y, penosamente, se acercó a los prisioneros. Cuando llegó a su altura, miró un momento al capataz, que, al ver el costoso traje que llevaba, se descubrió. Hacía ya calor y había humedad. Delamarre observó que los prisioneros estaban cubiertos de sarna. De una ojeada vio también que el alambre les hería de mala manera las muñecas y decidió preguntarles directamente, en vietnamita. Después de intercambiar algunas palabras triviales y de vacilar un momento, uno de ellos le contó que se había escapado. Era lo que llamaban *un desertor*, había huido de la plantación por la noche, pero acababan de apresarlo. El trato debió de parecerle a Delamarre un tanto desproporcionado, pero no era de su incumbencia. Se limitó a comentarle algo al capataz secamente, dio media vuelta, se limpió las suelas en el arcén y subió al coche.

—A la plantación —dijo.

El resto del trayecto procuró olvidar aquella escena desagradable y, gracias a Dios, cuando llegaron a la plantación fueron recibidos calurosamente. Después de darles una primera idea de las instalaciones, les presentaron al director de la factoría Michelin en Cochinchina, el señor Alpha, que iba acompañado del responsable de la plantación, el señor Triaire, y de algunos empleados europeos. Todos juntos empezaron la visita: viviendas de los culis, jardines, duchas,

enfermería, almacenes de víveres, depósito de agua. Los inspectores examinaron con admiración todo aquel equipamiento nuevo. Salieron del edificio y Delamarre, aprovechando un momento que caminó a solas con el director, le preguntó por una barra de castigo que había visto al empezar la visita, cerca de las viviendas. El señor Alpha pareció desagradablemente sorprendido, se volvió hacia su ayudante, el señor Triaire, y, en tono enérgico, le pidió explicaciones.

—Es para los desertores —dijo Triaire, algo violento—. ¡Pero solo los tenemos una noche y sujetos por un pie!

—¿Hay más barras de esas en la plantación? —preguntó Delamarre.

—No —contestó Triaire, categórico.

Continuó la visita. Era el turno de las cocinas. Les habían organizado un recorrido completo. Triaire presumía de la moderna disposición, de la pulcritud, cuando, de pronto, al pasar por delante de una puerta cerrada, Delamarre preguntó qué había dentro. Le contestaron encogiéndose de hombros, era sin duda un trastero, no tenían la llave. Dado que Delamarre insiste en entrar, Triaire corre a buscarla. Al final viene con él el vigilante, sofocado, y abre la puerta. El cuarto está vacío, pero al fondo hay una barra con nueve agujeros.

El director se vuelve rápidamente hacia Triaire y exige explicaciones. Triaire titubea, el director sube el tono. Pero, así como en el teatro vemos desarrollarse en primer plano una escena cómica que otra escena en segundo plano manifiestamente desmiente, de repente se oyen gemidos en un cuarto contiguo. También la puerta de ese cuarto está cerrada, hay que ir a buscar la llave. Pero el inspector, haciendo uso de su autoridad, ordena que la echen abajo. Y entonces, ¡oh, milagro!, la llave aparece y la puerta se abre al instante, ¡qué despistado este Triaire! Solo que, en lugar de desdramatizar, este curioso despiste agrava un vago temor que desde hace unos minutos invade a los inspectores de trabajo. Y cuando la puerta se abre, los gemidos aumentan y ellos saben de pronto que van a entrar en otro mundo.

Un hombre yace de espaldas, sin fuerzas, exhausto, con los pies aherrojados, medio desnudo. Se retuerce en el suelo tratando desesperadamente de taparse los genitales con un trapo sucio que sujeta como puede contra sí. Mientras la pequeña comitiva contempla anonadada lo que acaba de descubrir, Triaire se abalanza y, arrebatándole el trapo que el pobre hombre oprime, tembloroso, contra su cuerpo escuálido, exclama:

—¡Con tal que no se haya mutilado!

La observación es tan chocante que el inspector de trabajo tarda un instante en entender su sentido. ¿Quiere decir Triaire que han atado así al hombre *por su bien*?

El culi quedó casi desnudo, expuesto a la mirada de todos. La escena era espantosa. Lo desataron como pudieron, lo levantaron y los guardias examinaron brutalmente hasta el último rincón de su cuerpo, como si el hombre hubiera intentado suicidarse o escondiera algo. El recinto estaba mal iluminado, era sórdido. El hombre estaba horriblemente flaco. Apenas se tenía en pie. Estaba aterrado.

El director increpó a Triaire.

—¿Qué es todo esto?! —gritaba.

—No lo sé, señor —repetía Triaire, que a su vez pedía a gritos a un vigilante que trajera al enfermero.

Hubo que esperar. La espera se hizo interminable. El vietnamita estaba esquelético, moribundo, obligado a permanecer de pie en medio de los directores y de dos desconocidos cuyo idioma no entendía. El hombre titubeaba, los franceses callaban. De rato en rato, una gota de agua caía pesadamente sobre las chapas. Una corriente de aire fresco atravesaba el cuarto. Y Triaire repetía para sí:

—No lo entiendo.

Llegó por fin el enfermero. Debió de pensar que tranquilizaría a los inspectores al decir:

—Es un paciente con disentería al que cuido.

Pero esta afirmación sorprendente no hizo sino tensar más la atmósfera. Delamarre pensó: «¿Y así es

como lo cuida, atándolo medio desnudo a una viga?!». Ordenó con voz fría:

—¡Que desnuden por completo a este hombre!

Triaire hizo una seña a los dos vigilantes, el culi se estremeció de miedo, pero estaba demasiado débil para dar un solo paso. Le quitaron la chaqueta. El hombre quedó completamente desnudo, como algún día estaremos todos ante nuestros jueces. Tenía la cabeza gacha, parecía un muerto. El inspector Delamarre se le acercó lenta, muy lentamente, y dio una vuelta a su alrededor. Por señas le pidió a su colega que se acercara:

—Le pido que observe que este hombre lleva en la espalda seis varazos bien marcados.

Al día siguiente, Delamarre visitó otra plantación Michelin donde últimamente se habían registrado varios suicidios por ahorcamiento. La casa Michelin se preguntaba por los motivos de esta «epidemia de suicidios», según la expresión que figuraba en el informe de la Inspección de Trabajo. De acuerdo con la lista que le comunicaron, dichos suicidios se habían producido a un ritmo escalofriante. Pham-thi-Nhi, ahorcado el 19 de mayo; Pham-van-Ap, ahorcado el 21 de mayo; Ta-dinh-Tri, ahorcado el mismo día; Le-ba-Hanh, ahorcado el 24; Do-the-Tuat, ahorcado el 10 de junio; Nguyen-Sang, ahorcado el 13 de junio; Tran-Cuc, ahorcado esa misma mañana. En total, siete suicidios en un mes. Y, durante su visita, el inspector

descubre profundas marcas de golpes en el cuerpo de los culis y, cuando les pregunta, le cuentan historias de humillación y de terror; y, pese a las negaciones, Delamarre acaba encontrando toda una provisión de varas y bastones en un trastero; y, como de costumbre, el director de la plantación no sabía nada y, como de costumbre, parece muy impresionado y afirma que, aunque tuvo conocimiento de ciertos excesos y enseguida intervino mandando trasladar a un joven ayudante demasiado celoso, nunca habría imaginado semejantes desmanes; y, como de costumbre, dice que lo siente mucho; y, como de costumbre, los abusos se describen como algo excepcional, errores, actos de crueldad de un vigilante, de sadismo de un subalterno. El inspector redactó su informe escrupulosamente, la administración formuló algunas recomendaciones, a las que no siguió ninguna reforma ni ninguna condena. Ese año, la casa Michelin obtuvo unos beneficios récord de noventa y tres millones de francos.

Unos años antes, André Michelin había conocido a Frederick W. Taylor, con ocasión de una comida organizada en su honor en el restaurante Prunier, en París. En los postres, Taylor, quien, según dijo Michelin, era «la modestia en persona», les expuso tímidamente los principios de su método. Pero, para que comprendamos mejor la admiración que André Mi-

chelin sentía por las teorías de Taylor; para que sintamos debidamente el horror que experimentaron los inspectores de trabajo cuando el coche en el que iban se internó al amanecer en aquel bosque geométrico, en el que todos los árboles se plantaron exactamente a la misma distancia unos de otros para que los culis solo tuvieran que dar unos pasos, siempre los mismos, al mismo ritmo; para que sepamos bien lo que es *la modestia de Taylor*, esa cualidad con la que Michelin lo adorna, citemos este breve pasaje del gran libro divulgativo en el que Frederick W. Taylor expone *los principios de la administración científica*: «Un hombre de la inteligencia de un trabajador medio puede ser adiestrado para realizar el trabajo más delicado y más difícil si lo repite un número suficiente de veces, y su mente inferior lo vuelve más apto que el obrero especializado para soportar la monotonía de la repetición».

Así, según Taylor, Pham-thi-Nhi, con documento de identidad número 2762, quien se ahorcó el 19 de mayo de 1928 en la plantación de Dau Tieng, no era sino *un hombre de la inteligencia de un trabajador medio adiestrado para realizar el trabajo más repetitivo* que, sin embargo, y pese a *su mente inferior*, al parecer no pudo soportar *la monotonía de la repetición*; y Pham-van-Ap, con documento de identidad número 1309, que se ahorcó el 21 de mayo de 1928, seguramente no era más que *un hombre de la inteligencia de un trabajador medio adiestrado para realizar el trabajo más repetitivo* que,

sin embargo, tampoco resistió *la monotonía de la repetición*.

Ese mismo año, en la plantación murieron el treinta por ciento de los trabajadores: más de trescientas personas. Delamarre recordó las muñecas finas, serradas por el alambre, de los tres fugitivos asustados, de mirada ausente, los *desertores* con los que se encontró aquella mañana. Sintió vergüenza. La verdad estaba ahí, a la vista. Poco importaba ya el maldito contrato de trabajo que tenían, según el cual podían tratarlos de esa manera. Cuando, aquella tarde, el inspector Delamarre reanudó su camino, comprendió que aquellos hombres habían intentado huir de la plantación solo porque querían salvar la vida.